

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS — N.º 13

POR EL ÉLDER E. J. WAGGONER

Anoche cerramos nuestro estudio con la consideración del versículo dieciséis del capítulo ocho de Romanos: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (Romanos 8:16).

Esta noche comenzaremos con el versículo diecisiete. Será imposible considerar cada versículo del capítulo por separado, porque nuestro tiempo es demasiado limitado, de modo que algunos de ellos deberán ser pasados con solo una pequeña cantidad de estudio.

«Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son dignas de ser comparadas con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8:17, 18). Hay un pensamiento sobre esta gloria que deseo aclararles. Anoche afirmé que si somos coherederos con Cristo, debemos tener todo lo que Cristo tiene. Cuando él entre en su reino, recibiendo esa promesa que Dios hizo a Abraham y a su descendencia, nosotros entraremos con él. Somos coherederos con Cristo; por lo tanto, todo lo que Cristo disfruta ahora, nosotros también lo tenemos, si estamos en él. Toda la gloria que él tiene ahora, es también para nosotros. Todo el amor que él disfruta en la presencia de su Padre, nosotros lo disfrutamos igualmente; pues él dice: «para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado» (Juan 17:23). Así es como Dios nos ha concedido este amor maravilloso; para que seamos llamados hijos de Dios.

Piensen en ello —Dios tiene un Hijo unigénito, el resplandor de su gloria y la imagen misma de su ser; él es el bienamado; pero ¡oh, la amplitud de su amor, que es capaz de acogernos en él —de adoptarnos en su familia y hacernos

partícipes del mismo título que comparte su Hijo unigénito! Por lo tanto, el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Así como el mundo no lo reconoció como el Hijo divino de Dios, el heredero del cielo; tampoco nos reconocerá a nosotros como hijos de Dios y herederos del cielo. «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1 Juan 3:2). Ahora somos hijos de Dios, tan hijos suyos ahora como lo seremos siempre. La gloria de la filiación no se manifiesta en nosotros, pero cuando Cristo aparezca, seremos semejantes a él, porque él «transformará este cuerpo de humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (Filipenses 3:21).

Entonces los hijos de Dios resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.

Hermanos, desde que he aprendido que Dios da tanto gracia como gloria, me deleito cada vez más al pensar en la gloria que se ha de revelar en nosotros. Porque entiendo que Dios las da ambas por el mismo poder y que ese trono al que venimos a presentar nuestras peticiones, como a un trono de gracia, es igualmente un trono de gloria. Dice Jeremías, al hacer una petición por su pueblo: «No nos deseches, por amor de tu nombre; no deshonres el trono de tu gloria; acuérdate, no invalides tu pacto con nosotros» (Jeremías 14:21). Y así, puesto que es tanto un trono de gracia como un trono de gloria, la gracia que se concede es igual a la medida de la gloria que hay en ese trono. Esa gloria se revelará en nosotros con el tiempo, de modo que este cuerpo pobre y vil resplandecerá como el sol. Esta seguridad —que la gloria que se ha de revelar en nosotros con el tiempo, es nuestra seguridad de que la medida de esa gracia puede revelarse en nosotros ahora; y es por eso que el Señor nos ha revelado ahora tanto de la gloria que ha de venir, como podemos entender. Aquí es donde a menudo no logramos obtener el beneficio de las cosas que Dios ha puesto ante nosotros acerca de esta gloria que ha de venir. Olvidamos que son dadas para nuestra ayuda presente, para que podamos tener y compartir ahora toda la fuerza que hay en ellas.

Así como los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que ha de ser revelada; así también los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gracia que se nos da en este tiempo presente para soportarlos. La gracia es igual a la gloria.

«Porque la creación aguarda con ardiente anhelo la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa de aquel que la sujetó en esperanza. Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora. Y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo» (Romanos 8:19-23).

Ahora hemos recibido las primicias del Espíritu. Eso no significa que ahora debamos recibir solo un poco del Espíritu, sino que obtenemos el Espíritu como las primicias, o el dinero adelantado —las *arras*— de nuestra herencia. Pablo prueba esto en Efesios 1:13, 14: «En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria» (Efesios 1:13, 14). Entonces, tener el Espíritu de Dios y ser hijos de Dios es entrar ahora en las riquezas de nuestra herencia. Comenzamos a compartir las riquezas de esa herencia ahora, y si continuamos siendo hijos de Dios, continuamos en nuestra herencia a lo largo de toda la eternidad, siendo la única diferencia que cuando venga el Hijo de Dios, tendremos la herencia y la gloria completas de ella.

Al considerar estas promesas de esta manera, podemos ver cómo es que el cielo comienza aquí mismo en la tierra. Si realmente nos aferramos a estas cosas por fe, podemos llevar el Espíritu de Dios con nosotros, y conoceremos la paz y el gozo del cielo.

«Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperar? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Romanos 8:24-26).

Hermanos, hay un mundo entero de ánimo en estos versículos. He pensado tanto a veces cuando he estado en nuestras reuniones, y he oído a uno tras otro levantarse y dar testimonio, y cerrar con las palabras: «oren por mí», que Cristo mismo oró por nosotros, y que el Espíritu Santo mismo está intercediendo por nosotros, con gemidos que no pueden ser expresados. Hermanos, aunque podemos pedir a otros que oren por nosotros, ¿no podemos aferrarnos por fe y apropiarnos de las oraciones que se ofrecen continuamente por nosotros en el cielo? Incluso si los hermanos no oran por nosotros, tenemos el gozo y el consuelo de saber que Cristo y el Espíritu están orando por nosotros.

Por mi parte, puedo entender estas cosas y sacar ánimo de ellas de esta manera: voy a Dios, le abro mi alma y le pido que me dé —¿qué pediré?— a veces las palabras se han ido, y no puedo pensar en nada, solo en un deseo inexpresable de algo más de lo que tengo; pero el Espíritu Santo sabe lo que necesito, y conoce la mente de Dios. Sabe justo lo que Dios tiene para darme, y así intercede por mí, y Dios da *en abundancia mucho más allá de todo lo que puedo pedir o imaginar*. El Espíritu de Dios toma esos pensamientos que no podemos expresar con palabras, y que apenas podemos pensar, y los transforma en palabras y peticiones ante el trono de Dios, y el que escudriña los corazones de los hombres sabe cuál es la intención del Espíritu.

Estoy persuadido de que muchos de nosotros cometemos un gran error en esto de escudriñar los corazones. Oímos a hermanos decir que «van a escudriñar sus corazones y a desechar todas las cosas malas que puedan encontrar en ellos». Dice Jeremías: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, y según el fruto de sus obras» (Jeremías

17:9, 10). Estamos aquí en la tierra, en una condición pecaminosa. Admitimos que no estamos en la condición espiritual en la que deberíamos estar; y así escudriñaremos nuestros corazones y desecharemos toda la maldad que podamos encontrar en ellos. No podemos hacerlo, porque el corazón nos engañará siempre. Sin embargo, Dios puede escudriñar el corazón, y lo hace; y si aceptamos el resultado de su escudriñamiento, grande será nuestro gozo. Porque es el Consolador quien trae estos pecados a nuestros corazones, los que el Señor ha escudriñado; y este mismo acto de traer nuestros pecados ante nuestros ojos es parte del consuelo de Dios. Sí; por la misma obra de darnos a conocer nuestros pecados, Dios nos da consuelo.

Algunas personas dicen que el Señor les da a conocer sus pecados según pueden soportarlos. Cuando el Señor me dio a conocer mis pecados, no pude soportarlos. Pensé que la vida misma estaba siendo aplastada en mí, y supe que no podía soportarlos. Ahí fue donde vino el consuelo —no podía soportarlos, así que estuve dispuesto a dejar que el Salvador los soportara por mí. Así, el Señor escudriña los corazones de los hombres, y lo único que tenemos que hacer es aceptar el perdón que él tiene para nosotros, una vez que los ha escudriñado y los ha puesto ante nuestros ojos.

Ahora llegamos a la parte más bendita y gloriosa de este capítulo tan glorioso. Una palabra forma la clave del capítulo ocho de Romanos: «*Gloria*».

«Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó» (Romanos 8:28-30).

El versículo veintiocho se cita mal muy a menudo, y se aplica mal, mucho más a menudo, simplemente cambiando el tiempo verbal. La gente lo lee: "Sabemos que todas las cosas *obrarán* para bien a los que aman a Dios". Pero eso no es lo que Pablo dice. Él dice que todas las cosas *obran* para bien, en el tiempo

presente, para aquellos que aman a Dios. Pero dice uno: "No sé si lo hacen". Bueno, simplemente aférrase a esta Escritura y créala, y entonces lo sabrá. La única manera en que podemos saber es creyendo la palabra de Dios. Entonces encontraremos que todas las cosas sí obran para bien a los que aman a Dios. Esta es la alegría del cristiano —que no puede pasarle nada malo.

Algunos dicen que hay una clase especial para quienes esto es así. Sí, es cierto, hay una clase especial, y esa clase especial está compuesta por aquellos que aman a Dios. Sabemos si amamos a Dios o no, por lo tanto, sabemos si podemos apropiarnos de esta promesa o no. ¿No hay razones suficientes para amar a Dios? Algunos dicen: "Quiero amar más a Dios, sé que no lo amo lo suficiente". ¡Qué absurdo es esto! —como si el amor de Dios fuera un deber que pudiéramos obligarnos a cumplir. El amor no puede ser forzado; el mismo acto de forzar a una persona a amar a otra, mostraría que no hay amor en absoluto. ¿Cómo amamos cualquier objeto por el cual tenemos afecto? Simplemente porque es amable a nuestros ojos, y cuanto más conocemos de aquello que amamos, más lo amamos. Entonces, cuanto más conocemos de Dios, más lo amaremos. Al acudir a su palabra, de la cual debemos obtener nuestro conocimiento de él, vemos la amplitud de la misericordia de Dios, y no podemos evitar amarlo. ¿Por qué no podemos evitar amarlo? Porque *él nos amó primero*. Entonces, si queremos amar más a Dios, estudiemos más su amor tal como se revela en su palabra.

Ahora, ¿qué hay de esta clase —«a los que conforme a su propósito son llamados» (Romanos 8:28)?

Aquí tenemos el asunto del «llamamiento», y eso a veces desalienta a algunos. Un hermano dirá: "Quizás no he sido llamado, no estoy del todo seguro de serlo; y por lo tanto no funciona bien para mí". Ese asunto del «llamamiento» puede resolverse muy fácilmente. ¿A quién ha llamado Dios? «Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente» (Apocalipsis 22:17).

Ahora el llamado es para cada hombre, mujer y niño en la tierra. Aquellos que lo oyen deben tomarlo y transmitirlo. La bondad de Dios es lo suficientemente

amplia como para incluir a cada individuo; «porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). Esos dos textos son suficientes para dispersar a los cuatro vientos toda la basura teológica que se ha escrito para probar que Dios tiene unos pocos escogidos a quienes ha llamado, y a ningún otro. Que ninguna alma se mantenga alejada porque piensa que no ha sido llamada. El llamado es para todos. No todos vienen —no todos siguen el consejo de Pedro, y hacen su llamamiento y elección seguros—; pero eso no es culpa de la provisión de Dios.

Ahora somos «llamados» y «elegidos». A veces nos asustamos mucho de esa palabra, «elegido». ¿Hay alguna necesidad de temer ese término? No; porque cada individuo puede ser candidato, y cada candidato puede ser elegido. Aquí hay algo que todos pueden tener, y el hecho de que uno sea elegido no impide que todos los demás también lo sean.

En 2 Timoteo 1:9 leemos: «Quien nos salvó y nos llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino conforme a su propósito y a la gracia suya que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos» (2 Timoteo 1:9). Fíjense, su propio propósito es un propósito de gracia, y el don gratuito por gracia viene sobre todos para justificación de vida. Ahora noten lo que es la elección:—

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado» (Efesios 1:3-6).

«¡Él nos bendijo con toda bendición espiritual!» (Efesios 1:3). ¿En qué? —En Cristo; por lo tanto, en el momento mismo en que renuncias al yo y tomas a Cristo en su lugar, tienes todo lo que Cristo tiene para dar. ¿Por qué todas estas bendiciones han sido depositadas en Cristo? Porque él es capaz de bendecirles,

«al apartar a cada uno de vosotros de sus iniquidades» (Hechos 3:26). Así que, puesto que Dios mismo nos ha dado todas las bendiciones que pueden ser dadas para librarnos del pecado y para apartarnos de nuestras iniquidades, podemos tener gozo y paz en él. Pedro dice: «Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia» (2 Pedro 1:3). Todo lo que es necesario para la vida y la piedad nos es dado. ¿En quién? —En Cristo. Por lo tanto, el alma que está en Cristo puede permanecer y permanece tan firme y segura como la Roca de los Siglos.

Ahora es «para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos» (Efesios 1:6). ¿En quién? —«En el Amado» (Efesios 1:6). No en nosotros mismos, sino en el Amado; y cada uno es llamado a la comunión de Cristo, si la acepta. Hermanos, ¿es irrazonable que Dios no acepte a aquellos que no lo aceptan a él? —No. Entonces, ¿es irrazonable e injusto que Dios nos acepte cuando aceptamos su llamado? —Ciertamente no. Entonces somos elegidos en él, según el puro afecto de su voluntad, «para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado. . . . dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su buen propósito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra; en él, asimismo, tuvimos herencia» (Efesios 1:6, 9-11). Noten esto, cuando estamos en Cristo, hemos obtenido una herencia —tenemos las primicias de ella—, comenzamos a compartirla ahora.

«Porque a los que antes conoció, también los predestinó. Habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad» (Romanos 8:29; Efesios 1:11). Solo unas pocas palabras sobre la «preciencia». A veces se adopta la postura de que Dios no sabía a qué destino llegaría el hombre cuando lo creó, y si lo sabía, entonces no debería haberlo creado en absoluto, o debería haberle impedido seguir el camino que ha tomado. Dios sabe, y conoce de antemano, y conoce el fin desde el principio. «Conocidas son a Dios desde el siglo todas sus obras» (Hechos 15:18). Dios no ha

cambiado ni un ápice del plan que conocía antes de que el mundo comenzara. Y no hay poder en todo el universo que pudiera hacerle cambiar.

«¿Sabía Dios que Adán iba a pecar, y sabe si seremos salvos o no?» Sí, él sabe todo al respecto —quién será salvo y quién se perderá. «Entonces, ¿cómo es que somos libres?» No lo sé, y no importa. Sé por su palabra que soy perfectamente libre de tener la salvación, y de tenerla cuando la quiera. Sé al mismo tiempo que Dios sabe si la tomaré o no. No puedo entender cómo estas dos cosas pueden ser; pero Dios sabe, y él no es injusto, así que todo está bien. No hay un ángel en el cielo que sepa cómo puede ser, pero ellos saben que es así.

Noten lo absurdo de la afirmación de que Dios puede saber si quiere, pero que no quiere saber algunas cosas; y por lo tanto no ejerce su poder de saber. Algunos dicen que si supiera, sería responsable de que nos salvemos o nos perdamos, así que no ejerce su poder de saber, y por lo tanto se libera de esa responsabilidad. Eso es lanzar una acusación terrible contra Dios. Realmente arroja toda la responsabilidad de la ruina del hombre sobre Dios, y lo acusa de intentar eludirla. Si elige no saber ciertas cosas, ¿cómo es posible que sepa lo que quiere saber y lo que no quiere saber?

La misma afirmación de que no quiere saber ciertas cosas prueba que debe conocerlas para saber que no quiere conocerlas, y esto es un absurdo total. Que no quiera saber las cosas que sí sabe, es un absurdo evidente por sí mismo. Una idea así debe basarse necesariamente en la suposición de que Dios sabe que sabe estudiando. Pero Dios no tiene que contar, y calcular, y figurar para llegar a conclusiones. Él es Dios, y el conocimiento está en él, y comienza y termina en él.

Dios es el Alto y Santo «que habita la eternidad» (Isaías 57:15). Él mora en la eternidad. ¿Qué es la eternidad? —Es algo que no tiene principio ni fin. Puede representarse con un círculo, en cada punto del cual Dios mora al mismo tiempo. Él es autoexistente. Es decir, los millones de edades que han existido en el pasado, y los millones que han de existir en el futuro, son todos «justo ahora» para Dios. Pasado, presente y futuro están todos presentes con Dios. Él vive en un

ETERNO AHORA. No podemos entender cómo puede ser eso; pero eso no importa; él dice que es así, y le creemos.

Que él sea el Dios eterno, constituye la fuerza del hecho de que él es nuestro refugio. Es el Dios eterno quien ha estado a cargo de nuestros caminos en el pasado, y tenemos confianza en su dirección. Si él no hubiera conocido el pasado y el futuro, ¿cómo podría yo haber sabido si me estaba guiando correctamente o no? Job dice: «Él conoce el camino que tomo» (Job 23:10).

Él nos guía en el camino que debemos seguir, y miró a través de los siglos, y vio quién tendría la herencia, y la está preparando para él. ¿Qué pensarías de un hombre, para poner el asunto en un plano muy bajo, que reuniera un montón de piedras y comenzara a construir una casa? Le preguntas qué tipo de casa va a construir. "Bueno", dice, "no lo sé, voy a juntar estas piedras y maderas, y luego veré qué tipo de casa resulta de ello". Hablar así sería una tontería. Antes de que un hombre comience a construir una casa, sabe cómo va a quedar, sabe exactamente cómo se verá cuando esté terminada. Cuando Dios trazó sus planes en épocas pasadas, ¿no crees que sabía qué tipo de tierra iba a tener? Él sabía qué tipo de tierra iba a ser y tenía un propósito al hacerla. La creó para ser habitada.

No solo sabía qué tipo de lugar iba a ser, sino que sabía qué tipo de hombres iban a morar en él; conocía a cada hombre que moraría en él, y les había puesto nombre a cada uno de ellos. Esos hombres que Dios vio que tendrían que habitar la tierra, cuando trazó sus planes para ella en épocas pasadas, iban a ser hombres buenos y santos; y esa misma tierra, cuando este pequeño experimento del pecado se haya resuelto, será habitada exactamente por las personas que Dios vio que la habitarían, y tendrán los nombres que él les dio en épocas pasadas.

En Apocalipsis 2:17 leemos: «Y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe» (Apocalipsis 2:17). Ahora, no debe suponerse que en el reino de Dios no conoceremos los nombres de los demás para poder pronunciarlos. En la Biblia, cada nombre significaba algo. Jacob era el «suplantador»; Israel, el «príncipe de Dios»; Abraham, el «padre de muchas naciones»; Sarai, una «mujer

contenciosa»; y Sara, una «princesa». El nombre significaba el carácter del individuo.

Ahora bien, aunque todos los redimidos han de tener el carácter perfecto de Dios, sin embargo, ese carácter es tan perfecto y tan amplio, que hay lugar para que cada uno tenga un carácter distinto. ¿Por qué nadie podrá entender el nombre de otro? Porque ninguna persona habrá tenido la misma experiencia en el desarrollo del carácter. Ninguna persona ha sido guiada de la misma manera, ni ha tenido la misma experiencia o pruebas. «El corazón conoce la amargura de su alma; y un extraño no se entremete en su alegría» (Proverbios 14:10).

En Éxodo 33:17 el Señor dijo a Moisés: «Gracia has hallado en mis ojos, y te he conocido por tu nombre» (Éxodo 33:17). Moisés estaba maravillosamente cerca del Señor en ese tiempo. Él anduvo con Dios, y soportó continuamente «como viendo al Invisible» (Hebreos 11:27). Día tras día su carácter fue moldeado por el Todopoderoso, y de no haber sido por un pecado, habría sido trasladado sin ver la muerte. Fue manso sobre todos los hombres, y Dios lo conoció por ese nombre que estaba escrito en el libro.

El hombre cayó, pero todo hombre que vivió inmediatamente después de la caída, pudo haber aceptado la salvación ofrecida si hubiera querido, y pudo haber sido una de esas personas que poblarían la tierra —una de esas personas a quienes Dios vio cuando trazó los planes para la tierra y para sus habitantes. Si eso hubiera sido así, la tierra se habría llenado y la obra habría terminado hace mucho tiempo. ¿Habría sido eso injusto para nosotros, ya que en ese caso no habríamos nacido y, por lo tanto, habríamos quedado excluidos? No, no habría sido más injusto de lo que será injusto cerrar la obra dentro de unos años y dejar fuera a posibles naciones aún no nacidas.

Ahora Dios nos preconoció en Cristo, y en él, en el principio, fuimos predestinados a tal lugar en la tierra en su estado de pureza como Dios quiere que tengamos. Estoy tan agradecido de que podamos tener a Cristo si queremos, y si le creemos y confiamos en él, sabemos que estamos predestinados a un lugar en su reino. Dios nos ha «predestinado conforme al propósito del que hace todas las

cosas según el designio de su voluntad» (Efesios 1:11). ¿No pueden ver que todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios?

¿Cómo sé que soy hijo de Dios? Él me amó, y él me compró, y yo me entregué a él, y por lo tanto soy suyo. Ahora estoy en Cristo, y no importa lo que me pase. No hay nada malo que pueda venir sobre mí, porque todo lo que venga, Dios lo hará obrar para mi bien; y no solo lo hará, sino que lo hace. Lo hace para desarrollar mi carácter y prepararme para lo que me está preparando.

Ahora, Satanás trama algún plan malvado contra mí —influencia a algún hombre o gobierno para que haga algo contra mí, algo calculado para destruirme. Bueno, eso está bien; porque Dios toma esos mismos planes malvados, y de ellos saca bien para mí. Satanás obra esos planes malvados para lograr mi ruina; pero Dios toma sus planes, y por medio de ellos me lleva al puerto deseado. Por lo tanto, el cristiano no tiene por qué quejarse.

No hay nadie que pensaría en quejarse cuando se lo está pasando bien. Pero el cristiano se lo está pasando bien todo el tiempo, porque todas las cosas obran juntamente para su bien. ¿Son estas cosas malas buenas, las que se traman contra nosotros? Sí, porque aunque son malas cuando comienzan, y están diseñadas para arruinarnos, sin embargo, para cuando nos llegan, Dios las transforma en bien. Cuando miramos las cosas de esta manera, podemos alabar a Dios pase lo que pase.

Estaba José; sus hermanos lo enviaron a Egipto. Lo hicieron sin otra intención que destruirlo. Primero intentaron matarlo, y luego, cuando lo vendieron como esclavo, pensaron que no viviría mucho tiempo allí como esclavo, y que de esa manera se librarían de él. Y sin embargo, el salmista nos dice: «Envió un varón delante de ellos; a José vendieron por esclavo» (Salmos 105:17). Esos hermanos suyos estaban obrando la maldad de sus corazones, y al mismo tiempo Dios lo envió conforme a su voluntad. No podemos entender cómo puede ser esto, pero sabemos que así fue.

Caifás, aquel viejo y perverso sumo sacerdote, preguntó: «No conviene que un solo hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca» (Juan 11:50).

Allí estaba el sentimiento del político astuto y mundano. Sin embargo, al mismo tiempo, en esas mismas palabras, Dios estaba pronunciando una profecía. No hay persona malvada, ni siquiera el mismo diablo, que Dios no tome a él y su maldad tal como viene, y haga que obre su propio propósito eterno. Hay un mundo de consuelo en el pensamiento de que ese es el tipo de Dios a quien servimos.

Así es que a quienes predestinó, a estos también llamó; y a quienes llamó, a estos también justificó; y a quienes justificó, a estos también glorificó. Cristo dice: «La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno» (Juan 17:22). Sí, el Señor da gracia y gloria, y tenemos la gloria ahora, solo que en forma de gracia. «Hermoseará a los humildes con salvación» (Salmos 149:4). Él nos ha dado las riquezas de su gloria y su gracia. Con el tiempo nos mostrará las riquezas sobreabundantes de su gracia con la gloria que ha de ser revelada.

«¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Romanos 8:31).